

LA MUERTE DE ARTEMIO CRUZ 1966

C. FUENTES

oh, no entenderán mi gesto porque apenas puedo mover los dedos: que lo corten ya, ya me aburrí, qué tiene que ver, qué lata, qué lata... Tengo algo que decirles:

—Lo dominaste y me lo arrancaste.

—Esa mañana lo esperaba con alegría. Cruzamos el río a caballo.

—Te echo la culpa. A ti. Tú eres el culpable.

Teresa deja caer el diario. Catalina dice al acercarse al lecho, como si yo no pudiera escucharla: —Se ve muy mal.

—¿Ya dijo dónde está? pregunta Teresa en voz más baja.

Catalina niega con la cabeza. —Los abogados no lo tienen. Debe estar escrito a mano. Aunque él sería capaz de morir intestado, con tal de complicarnos la vida.

Las escucho con los ojos cerrados y disimulo, disimulo.

—¿El padre no pudo sacarle nada?

Catalina ha debido negar. Siento que se arrodilla junto a la cabecera y dice con la voz lenta y quebrada:

—¿Cómo te sientes?... ¿No tienes ganas de platicar un poquito?... Artemio... Hay algo muy grave... Artemio... No sabemos si has dejado testamento. Quisiéramos saber dónde...

El dolor va pasando. Ellas no ven el sudor frío que desciende por mi frente, ni mi inmovilidad tensa. Escucho las voces, pero sólo ahora vuelvo a distinguir las siluetas. Todo regresa a su foco normal y las distingo enteras, con sus rostros y ademanes, y quiero que el dolor regrese a mi vientre. Me digo, me digo lúcido que no las quiero, que nunca las he querido.

—...quisiéramos saber dónde...

Imagínense ante un tendero que no fía, cabronas, ante un desahucio de domicilio, ante un abogado chicanero, ante un médico estafador, imagínense en la pinche clase media, cabronas, haciendo cola, haciendo cola para comprar leche adulterada, pagar impuestos prediales, obtener audiencia, conseguir un préstamo, haciendo cola para soñar que pueden llegar más alto, envidiando el paso de la mujer y la hija de Artemio Cruz en su automóvil, envidiando una casa en las Lomas de Chapultepec, envidiando un abrigo de mink, un collar de esmeraldas, un viaje al extranjero, imagínense en un mundo sin mi orgullo y mi decisión, imagínense en un mundo en el que yo fuera virtuoso, en el que yo fuera humilde: hasta abajo, de donde salí, o hasta arriba, donde estoy: sólo allí, se los digo, hay dignidad, no en el medio, no en la envidia, la monotonía, las colas: todo o nada: ¿conocen mi albur? ¿lo entienden?: todo o nada, todo al negro o todo al rojo, con güevos, jugándose la madre, exponiéndose a ser fusilado por los de arriba o por los de abajo; eso es ser hombre, como yo lo he sido, no como ustedes hubieran querido, hombre a medias, hombre de berrinchitos, hombre de gritos destemplados, hombre de burdeles y cantinas, macho de tarjeta postal, ¡ah, no, yo, no! yo no tuve que gritarles a ustedes, yo no tuve que emborracharme para asustarlas, yo no tuve que golpearlas para imponerme, yo no tuve que humillarme para rogarles su cariño: yo les di la riqueza sin esperar recompensa, cariño, comprensión y porque nada les exigí ustedes no han podido abandonarme, se han prendido a mi lujo, maldiciéndome como quizás no hubieran maldecido mi pobre sueldo envuelto en papel manila, pero obligadas a respetarme como no hubieran respetado mi mediocridad, ah viejas ojetas, viejas presumidas, viejas impotentes que han tenido todos los objetos de la riqueza y siguen teniendo la cabeza de la mediocridad: si al menos hubieran aprovechado lo que les di, si al menos hubieran comprendido para qué sirven, cómo se usan las cosas del lujo: mientras yo lo tuve todo, ¿me oyen?, todo lo que se compra y todo lo que no se compra, tuve a Regina, me oyen, amé a Regina, se llamaba Regina y

me amó, me amó sin dinero, me siguió, me dio la vida allá abajo, ¿me oyen?: te oí, Catalina, escuché lo que le dijiste un día: —

«—Tu padre; tu padre, Lorenzo... ¿Crees...? ¿Crees que se puede aprobar...? No sé, de hombres santos...de verdaderos mártires...»

—*Domine, non sum dignus...* ↓

TÚ olerás, en el fondo de tu dolor, ese incienso que no acaba de disiparse y sabrás, detrás de tus ojos cerrados, que las ventanas han sido cerradas también, que ya no respiras el aire fresco de la tarde: sólo el tufo del incienso, el rastro del sacerdote que pasará a darte la absolución, un oficio extremo que tú no pedirás, que aceptarás, sin embargo, para no gratificarlos con tu rebeldía de última hora: querrás que todo suceda sin que tú le debas nada a nadie y querrás recordarte en una vida que a nadie le deberá nada: ella te lo impedirá, el recuerdo de ella —la nombrarás: Regina; la nombrarás: Laura; la nombrarás: Catalina; la nombrarás: Lilia— que sumará todos tus recuerdos y te obligará a reconocerla: pero aun esa gratitud la transformarás —lo sabrás, detrás de cada grito de dolor agudo— en compasión de ti mismo, en pérdida de tu pérdida: nadie te dará más, para quitarte más, que esa mujer, la mujer que amaste con sus cuatro nombres distintos: ¿quién más?:

Te resistirás: habrás formulado un voto secreto: no reconocer tus deudas: habrás envuelto en el mismo olvido a Teresa y Gerardo: un olvido que justificarás porque nada sabrás de ellos, porque la muchacha crecerá al lado de su madre, lejos de ti que sólo tendrás vida para tu hijo, porque Teresa se casará con ese muchacho cuyo rostro nunca podrás fijar en la memoria, ese muchacho borroso, ese hombre gris que no deberá gastar y ocupar el tiempo de gracia acordado a tu memoria: y Sebastián: no querrás recordar al maestro Sebastián: no querrás recordar esas manos cuadradas que te halarán las orejas, te pegarán con una regla: no querrás recordar los nudillos adoloridos, tus dedos blanqueados de tiza, tus horas frente al pizarrón aprendiendo a escribir, a multiplicar, a dibujar cosas elementales, casas y círculos, no querrás: es tu deuda:

gritarás y los brazos te detendrán: querrás levantarte y caminar para calmar tu dolor:

olerás el incienso,

olerás el jardín cerrado,

pensarás que no se puede escoger, que no se debe escoger, que aquél día no escogiste: dejaste hacer, no fuiste responsable, no creaste ninguna de las dos morales que aquel día te solicitaron: no pudiste ser responsable de las opciones que tú no creaste: soñarás, apartado de tu cuerpo que grita y se tuerce, apartado de ese machete que se ha clavado en tu estómago hasta arrancarte lágrimas, soñarás en ese ordenamiento de la vida, creado por ti mismo, que nunca podrás revelar porque el mundo no te dará la oportunidad, porque el mundo sólo te ofrecerá sus tablas establecidas, sus códigos en pugna, que tú no soñarás, que tú no pensarás, que tú no vivirás:

el incienso será un olor con tiempo, un olor que se cuenta:

el padre Páez vivirá en tu casa, será escondido en el sótano por Catalina: tú no tendrás la culpa, no tendrás la culpa:

no recordarás lo que se digan, tú y él, esa noche, en el sótano: no recordarás si él, si tú lo dicen: ¿cómo se llama el monstruo que voluntariamente se disfraza de mujer, que voluntariamente se castra, que voluntariamente se emborracha con la sangre ficticia de un Dios?: ¿quién dirá eso?: pero que ama, se lo juro, porque el amor de Dios es muy grande y habita todos los cuerpos, los justifica: tenemos nuestros cuerpos por gracia y bendición de Dios, para darles los minutos de amor de los que la vida quisiera